locutor, participando de la admiracion que dominaba á sus compañeros.

—Y Vds., ¿qué pretenden, amigos míos?—les preguntó á su vez Montenegro.

—Luchar contra el enemigo de la pátria,—respondieron á la vez dos ó tres personas de las que componian el grupo.

—Pues eso mismo debo responder á Vds., señores,—objetó el anciano de un modo tan concluyente, que el primer interlocutor, no dudando ya de la resolucion firme que animaba el espíritu de Montenegro, tan solamente le preguntó, movido á interés por tan respetable figura y decidido patriotismo:

—Pero Vd... ¿habrá venido solo?...

—No; en medio de la confusion, he perdido á mis compañeros, que á la vez se han distribuido, haciendo frente á las calles de Alcalá y Carrera de San Gerónimo.

—Sin embargo,—objetó el artesano,—Vd. no va á poder resistir desde aquí la agitacion y el movimiento que bien pronto van á reinar.

—Haré lo posible,—respondió Montenegro resueltamente.

Otro hombre del pueblo terció en esta rápida conversacion, observando que el anciano podia ser más útil situándose en una de las ventanas de la casa cerca de cuya puerta estaban.

La proposicion, que sostuvieron muchas personas, fué por fin admitida, y Montenegro, acompañado de otros siete hombres, ocuparon efectivamente la posicion indicada.

Quando los franceses, en lo más sangriento y empeñado del combate, penetraron y fueron rechazados sucesivamente en la Puerta del Sol, una de las casas desde

donde más les hostilizaron, fué aquella misma que Montenegro y sus escasos compañeros defendieron denodadamente.

Hubiérase creído por lo nutridos y certeros que eran los fuegos, que no podían ser ocho, sino cien hombres los defensores de aquella terrible fortaleza, bajo cuyos tiros habían dejado los veteranos de Napoleon numerosos cadáveres.

Apenas los franceses se hicieron dueños de aquella posición, se dirigieron con predilección marcada á aquella formidable casa, que tantas pérdidas acababa de costarles.

En la escalera encontraron á una anciana, que desde un piso subía á otro, temerosa de un atropello y anhelante por esconderse en el lugar más recóndito.

Pero no bien la distinguieron los soldados imperiales, emprendieron con ella á bayonetazos.

Muy pocos instantes bastaron para que la infeliz quedase convertida en un cadáver mutilado y horroroso.

Después de esta primer hazaña, indigna no ya de soldados valerosos, sino de las hordas más salvajes del Africa, los franceses se dirigieron á las demás habitaciones de la casa.

Y de la misma suerte robaron y mataron, como verdaderos bandidos, cuanto podían haber á las manos de dinero, alhajas y personas.

Así llegaron á uno de los cuartos del segundo piso, el cual hallaron cerrado, como los otros, pero tan fuertemente, que todos sus esfuerzos por violentarle fueron de todo punto inútiles.

Viendo y comprendiendo que nada obtendrían por la fuerza, intimaron de palabra la orden de que se rindiesen los que dentro permanecían.

Pero una voz terrible les anunció una determinacion más terrible aun.

—A la menor tentativa,—gritaron desde adentro, en idioma francés, aunque con acento marcadamente español,—volaremos tres barriles de pólvora que tenemos dispuestos á muy pocos pasos.

Los franceses guardaron silencio, llenos de consternacion.

No era para ménos la amenaza.

El que la habia producido era el anciano Montenegro.

Conociendo que los enemigos se entregarían á toda suerte de atropellos y á una sangrienta venganza, dispuso que se reforzase la puerta de la escalera, colocando tras ella numerosos muebles que la sostenian y hacian inespugnable contra las primeras tentativas.

En cuanto á los tres barriles de pólvora, era esta una pura invencion. ¡Quién sabe! Acaso á haberlos tenido allí hubieran pasado de la amenaza al hecho, aun cuando no consiguiesen otro resultado que el destrozar una docena de franceses mas.

Pero apenas contaban aquellos valientes cuarenta ó cincuenta cartuchos sobre los ya quemados.

Como decimos, los franceses callaron, enmudecieron de consternacion.

Semejante amenaza, hecha por personas que momentos antes habian dado pruebas inequívocas de decision, era para meditar y tenerse en cuenta.

La soldadesca, pues, desistió de violentar la puerta...

Pero era preciso cumplir las órdenes de los jefes, quienes habian determinado apoderarse del último y más insignificante rincon de la Puerta del Sol.

Se decidieron á participar tan terrible novedad al oficial que los mandaba.

A la sazón hallábase este en la puerta de la casa dirigiendo el resto de su fuerza, que se ocupaba en matar y prender transeuntes y vecinos...

La noticia que le dieron los soldados le hizo estremecerse.

Miró instintivamente hácia el lado de la casa, como si temiera que fuese á desplomarse sobre él á impulsos de una voladura, ocasionada por tres formidables barriles de pólvora.

Luego echó cuentas consigo, y considerando que el caso era demasiado grave para mirarle de cualquier modo, resolvió proceder con tino y cordura respecto de gentes que llevaban á su extremo último el principio de defensa.

Tras una larga meditacion, concluyó por tomar su partido.

Encomendó á sus soldados la mayor circunspeccion y cordura respecto á aquel punto, que por tan extraordinarias circunstancias se hacia en extremo delicado.

Despues, seguido de varios granaderos, subió la escalera y se detuvo ante la puerta de aquella respetable habitacion.

Aun se detuvo algunos instantes como recelose; pero al fin se decidió á llamar, y llamó con particular mesura.

—¿Quién vá?—le preguntó una voz.

Era la voz de Montenegro, el mismo que habia inventado el ingenioso recurso de volar los tres consabidos barriles de pólvora.

El oficial francés respondió en el tono más conciliador del mundo:

—Un oficial francés que quiere hablaros.

—¿Y qué quiere Vd.?—volvieron á preguntarle.

—Que os rindais, pero con las mejores condiciones para vosotros.

—¿Y quién nos las garantiza?

—Yo.

—¿De qué modo?

—Por mi honor, y defendiéndooos con las fuerzas de que dispongo contra los que osáran inquietaros en lo más leve.

Hubo un momento de silencio.

Al cabo, y despues de haber deliberado sin duda, volvió á decir la misma voz:

—Pues bien, vamos á tratar de estas condiciones.

—Entonces, abridme,—dijo el francés.

—Poco á poco, respondió Montenegro; abriremos, pero habeis de entrar solo.

—Bien, entraré solo.

—Es que si entra alguno más, daremos fuego á la pólvora, ¿entendeis?

—Convenido.

Y antes de entrar previno el francés á los suyos que se retiráran al fondo de la escalera.

Entonces el cerrojo de la puerta se descorrió; pero antes de esto sintió el oficial que los sugetos que ocupaban la habitacion se habian demorado, desembarazando de muebles el paso.

Por fin abrieron.

Montenegro dirigió una mirada hácia fuera, y despues de cerciorarse que únicamente el oficial se encontraba próximo, le indicó que podia entrar.

Apenas este lo hubo verificado, volvió á cerrar el anciano la puerta.

El oficial, al tiempo que le conducian al interior de

la habitacion, dirigia ávidas miradas en derredor suyo.

Sin duda buscaba los terribles barriles de pólvora con que habian amenazado volar la casa.

Montenegro distinguió la curiosidad del oficial, pero se hizo el desentendido.

—Amigo mio,—dijo en francés,—temerosos de que con la soldadesca nada bueno podríamos prometernos, nos hemos negado á toda inteligencia, esperando á tratar con una persona de honor...

El oficial se inclinó.

Montenegro prosiguió con la misma cortesía:

—Caballero, no seré yo quien oculte que desde esta casa hemos procurado batirnos lo mejor posible, correspondiendo, como Dios nos ha dado á entender, á la agresion de los vuestros...

—He podido distinguirle perfectamente, á fé mia!—interrumpió el oficial.

—Pues bien,—repuso Montenegro,—despues de la guerra, viene siempre la paz; y como las almas generosas no guardan rencor, y esto ha concluido ya, comprendiendo que seria estéril resistir, estamos dispuestos á rendirnos con una sola condicion.

—Decidla...

—Con la de que estos amigos míos, padres de familia casi todos, puedan retirarse á sus casas tranquilamente.

El oficial hizo un gesto de duda.

—Qué... ¿no quereis?—le preguntó Montenegro.

—Por mi parte, amigo mio,—repuso el francés,—sentiria un vivo placer en poder servirlos; pero se oponen algunas dificultades gravísimas.

—Veamos.

—El ejército del Emperador está exasperado, ciego...

—Nos confiamos á vuestra custodia.

El oficial francés se puso á meditar.

Tal vez olvidado ya de los famosos barriles de pólvora, y cediendo á generosos sentimientos, que estamos muy lejos de negar absolutamente á todos los soldados de Murat, escuchaba con muestras de franca simpatía al buen anciano.

Este esperó á que su interlocutor recapacitára.

Los demás circunstantes, esto es, los que tanto le habian ayudado á sostener un nutrido fuego desde las ventanas de la casa, no comprendiendo lo que en el idioma traspirenái-co decian Montenegro y el oficial, permanecian mudos é indecisos, suspensos de lo que pudiese resultar de aquella ininteligible deliberacion.

El oficial francés dijo por fin:

—Amigo mio, sois un anciano valeroso, y aunque enemigo, digno de respeto y consideracion.

Esta vez le tocó á Montenegro inclinarse ante las lisonjeras palabras del oficial imperialista.

—Os doy las gracias por vuestro buen juicio,—dijo.

—Pues bien,—continuó el francés,—voy á hacer todo lo posible por salvaros.

—Y yo os lo agradeceré en nombre de mis compañeros,—repuso el anciano tendiendo á su enemigo la diestra, que este estrechó con exquisita cordialidad.

—Caballero,—dijo el francés,—preciso es que os fieis en mi palabra.

—Enteramente.

—Entonces, venid vos y vuestros compañeros.

—¿Qué intentais?

—Nuestros soldados se ceban en este momento contra cuantos españoles encuentran...

—¿Y bien?

—Es preciso que os dejéis conducir como en calidad de presos.

—¿Por qué así?

—Porque de este modo podré exigir que se os respete, y responderé de vuestras vidas...

—Pero... y despues, ¿qué hareis?

—Conduciros hasta cerca de la casa de Correos, donde se encuentran ya detenidos muchos españoles bajo la salvaguardia de vuestras autoridades.

—¿Y allí?

—Facilitaros la huida, si es posible.

—¿Y sino?

—Entregaros á vuestra autoridad: es el único medio que tengo de salvaros; de otro modo, repito, no responderia de las consecuencias que podrian sobrevenir.

Montenegro trasmitió á sus compañeros la proposicion del oficial, y todos le demostraron su aprobacion.

Pocos minutos despues, dicho oficial comunicaba á cuatro soldados suyos la órden de que le acompañaran en la custodia de aquellos presos, encomendándoles que se opusieran á toda tentativa de agresion á que pudieran entregarse otros soldados del ejército imperial.

De este modo llegaron á la casa de Correos, sin que nadie les inquietase; pero no sin presenciar el triste espectáculo, en su terrible tránsito, de los verdaderos asesinatos que se cometian en víctimas indefensas, las cuales eran inmoladas al furor y á la venganza sangrienta de sus verdugos.

Como habia ofrecido el oficial, dos compañeros de Montenegro, dos artesanos, pudieron deslizarse por una calle que encontraron en el tránsito.

Uno de ellos consiguió salvarse.

Pero el otro, que siguió un rumbo distinto al primero, tuvo la desgracia de ser divisado por un francés.

Apenas le vió echóse el fusil á la cara, y dejó muerto de un tiro certero al valiente artesano, que tan denodadamente acababa de batirse en defensa de la pátria.

Cuando el oficial llegó con Montenegro y sus otros cuatro compañeros á la casa de Correos, la aglomeracion de tropas francesas en sus avenidas hizo ya difícil, imposible, toda otra tentativa de evasion.

—¡Nos hemos perdido!—exclamó con verdadero sentimiento, dirigiéndose disimuladamente al anciano.

Este le preguntó:

—¿No deciais que era española, si mal no he comprendido, la autoridad que aquí manda por el gobierno?

—Sí.

—Pues entonces, entregadnos á ella.

Dos minutos despues, aquellos valientes eran entregados al general Sesti.

Era este un italiano admitido por Godoy en sus buenos tiempos al servicio de España, y que pagó los favores obtenidos por nuestra pátria en aquella terrible ocasion, con la ingratitud más indigna y despreciable.

Pero en otro lugar nos ocuparemos de esto con la oportunidad debida.

Entretanto, volvamos á otros sucesos importantes á nuestra historia.

Nuestros lectores conocen ya en parte la suerte que habia cabido al anciano y noble abuelo de la atribulada María.

CAPITULO XXXVII.

Angustia y felicidad inesperadas.

Antes de acudir á otros parajes, donde nos esperan escenas en extremo graves y espectáculos de desolacion, preciso es que nos ocupemos de un suceso que para las almas generosas ofrece un verdadero interés, y mitiga en parte los rasgos desconsoladores de nuestra verídica narracion.

La situacion en que hemos dejado á Eugenia y á su hija, era verdaderamente singular.

Varios motivos habian concurrido de un modo muy poderoso á torcer, no diremos la indole, pero sí las costumbres y la conducta que hasta entonces habia seguido la hija de D. Pablo de Montenegro.

Recluida en el convento, despues del lance ocurrido en la casa del conde de M... al baron del Pino, en los primeros momentos sus inclinaciones y su aspiracion se rebelaron contra todo; y obstinada en llevar á efecto y por to-

dos cuantos medios desesperados le surgia su imaginacion calenturienta, un plan que contrariase á los que ella consideraba sus enemigos, y no eran otros que su padre y Utrera, echó mano de recursos insidiosos.

Durante los primeros dias que se sucedieron á la catástrofe del baron, ignoró el resultado fatal que habia tenido la herida de este, y aun el móvil cierto, determinado, que habia dispuesto las cosas de una manera tan aciaga para sus proyectos.

Poco tiempo despues de haber puesto el pié en el convento de San Plácido, ya por la determinacion de su padre, y ya por voluntad suya, en la desesperada alternativa de obedecer ó exponerse á más sérias consecuencias, llegó á saber Eugenia que su hija, la hermosa cuanto simpática y desgraciada María, habia sido recogida por el anciano, y ocupaba en su casa el lugar que habia perdido por su conducta odiosa, la que no habiendo podido arribar á ser condesa de la Alianza, tampoco llegó á alcanzar, por adversos acontecimientos, ser afrancesada baronesa del Pino.

Viva aun en su pecho la llama de la ambicion, semejante noticia la causó un profundo despecho.

Reducida casi á la impotencia, todo propósito de venganza era estéril.

Inquieta por la suerte del baron, por cuya existencia abrigaba sérios y fundados temores, la instalacion de María en casa de su padre llevó al colmo su furor.

Si bien por su clase y condicion disfrutaba de ciertas libertades, aislada en una habitacion de la sagrada casa, las religiosas, ni aun casi la molestaban con su presencia; sin embargo de esto, Eugenia reconocia y maldecia su impotencia, que la privaba de devolver á las personas que

tanto aborrecia, el mal que, en su sentir, la habian causado.

Desde luego la imágen de María se fijó en su pensamiento con tenacidad.

Segun su sentir, la habia usurpado un puesto en su casa que la correspondia á ella.

Penetrada del carácter resuelto y decidido de su padre, conocia que aquella determinacion, por la cual llevó á su lado á la jóven huérfana, seria irrevocable.

Como Eugenia no profesaba á su hija el afecto que de otro modo la hubiese impulsado á sentir de otra manera, discurrió sobre los medios que emplearia para apartar á la jóven del lado del anciano Montenegro.

Entonces fué cuando se decidió á escribir, valiéndose de los medios más secretos, una carta á la pobre niña.

Esta carta era precisamente la que María entregó á Utrera en la ocasion que nuestros lectores recordarán.

Dictada por mezquinos sentimientos, la pérfida madre consiguió llevar al corazón de María una pena, que la amargó hasta el punto de hacerla concebir temores y dudas, que tan ajenas eran á su inocente carácter, á su candidez é inesperienza.

Decia así la carta consabida:

«Hija mia: sin comprenderlo tú acaso, estás sirviendo de instrumento á la venganza de mi padre y á la ambicion de tu amante, quien conociendo que por la posicion de aquel te espera un porvenir halagüeño, ha instigado al viejo á que diese el paso que hoy me tiene reducida á un completo aislamiento.

»Por muy doloroso que sea para mí borrar de tu corazón ciertas cándidas ilusiones, una larga esperiencia de las cosas y de los hombres me obliga á desengañarte acerca

del afecto que crees inspirar á dos personas, que hoy se afanarán en prodigarte toda suerte de atenciones y de cuidados.

»Repito que mi padre, al llevarte á su lado, lo hizo por vengarse de mí, por castigarme, por hacerte á tí tan feliz, como á mí desgraciada con su abandono. Acaso te probaré esto mismo de un modo tal, que no te dejará lugar á dudas.

»En cuanto á Utrera, ¿por qué, cuando no habian llegado aun las cosas á este extremo, no se enlazó á tí, dando así una prueba del desinterés de que tanto blasona?

»¡Ah, hija mia! libreme Dios de decirte que su virtuoso amor es pura hipocresía; mas puedo asgurarte desde luego, que es mas extremado en ponderar que en sentir.

»Si no, si quieres por prudencia experimentarle, dile que te haga su esposa; pero con la condicion de que antes de darte su mano, te vuelva á tu antigua taberna.

»A mí me tienen por mala, me creen una hiena, y qué se yo cuántas otras cosas.

»En buen hora que lo crean; pero, ¿y ellos? ¿qué son ellos, hija mia?

»Yo al menos no he hecho alarde nunca de esas virtudes, que son la careta de ciertas personas; y Utrera, tu amante, ha hecho y hace todo lo contrario.

»Ciertamente la modestia no debe ser en él una de esas virtudes que aparenta, pues prueba todo lo contrario la costumbre que tiene de hacerse pasar por hombre sencillo y desinteresado entre las pobres gentes del pueblo, de que se rodea para sus fines particulares.

»Yo soy muy desgraciada, hija mia, mas no tanto como tú, que eres instrumento ciego de pasiones indignas, como son la venganza del uno y la ambicion del otro.

»¿Te quiere Utrera por tí misma, por lo que tú eres y vales?

»Intenta probarlo, hija mia, pero con cautela, y no tardarás mucho en conocer que te aprecio yo más, á pesar del mal concepto en que me teneis, que los que á cada hora y á cada instante no cesarán de ponderarte su entrañable amor. Duda siempre, hija mia, y así evitarás el peligro de engañarte. Yo soy desventurada en parte, y tú, sin comprenderlo, has contribuido á mi desventura. Te perdono, sin embargo, y te deseo toda la felicidad que á mí me falta. Sé cauta, y no te dejes engañar con falsos halagos.»

La lectura de esta carta, escrita con pérfida intencion, con la intencion de infundir la duda en el corazon de la pobre niña, consiguió preocupar su ánimo.

El temor de que las advertencias de su madre encerrasen alguna verdad en lo que hacia relacion á Utrera, por lo menos, la causó viva inquietud.

Ya hemos visto felizmente cómo, sorprendida por su cariñoso amante, le confió el secreto pesar que la afligia, entregándole la carta que con tan crueles designios habia escrito Eugenia desde su retiro.

Las protexas de aquel jóven leal, expresadas con toda la pasion que su alma bella y generosa sentia, arrancaron del corazon de María la segunda espina, que ya empezaba á clavarse con fiera saña en un puro seno.

Volviendo á Eugenia, esta recibió algunos dias despues un terrible golpe, que detuvo completamente el vuelo á su carácter.

Deseosa de conocer la suerte del baron del Pino, se determinó á informarse de ella por sí misma.

El baron habia permanecido en la casa del conde de M... durante los tres crueles dias que sobrevivió á la catástrofe.

Eugenia llegó algunas horas antes de empezar su terrible agonía.

Los más crueles dolores torturaban á aquel hombre, que tan cara habia pagado su adhesion á los enemigos de la pátria.

La mujer que habia creido dias antes ser su esposa, consiguió á la vez, apelando á su voluntad, siempre enérgica, salir del convento y entrar en la casa del conde de M... en ocasion de hallarse este ausente, hasta el mismo lecho del moribundo.

Este, que aun conservaba toda su lucidez, vió á Eugenia cerca de su cabecera, y un estremecimiento de su cuerpo reveló que la aparicion de aquella mujer acababa de causar en su alma y en su conciencia afectadas, una impresion desagradables:

—¿A qué viene Vd. aquí?—preguntó con voz colérica y prorumpiendo en gritos, que le arrancaban sus agudos dolores.

Eugenia, sorprendida por aquel tono, que sin duda no esperaba, no acertó á responder.

El baron del Pino gritó entonces:

—¡Infame! ¿viene Vd. tal vez á gozarse en mi agonía?...

—¡Pero baron!...—balbuceó por fin la hija de Montenegro.

—Si Vd. tiene aun entrañas,—añadió el baron,—salga de aquí, y vuelva á cuidar de la hija que ha abandonado por engañarme á mí, por arrastrarme á una senda de perdition... No vaya Vd. á creerme tan desposeido de todo sentimiento bueno, que pueda aprobar su páfida conducta... Vd. me engañaba, Vd. habia pretendido hacerme creer en su pureza, cuando ya era madre de una criatura

abandonada, fruto de otros amores, si esta palabra conviene á un ser tan insensible como es Vd...

El esfuerzo que el baron habia hecho para expresarse así, redobló sus dolores y le obligó á interrumpirse, exhalando terribles gritos é imprecaciones.

Eugenia le habia escuchado en silencio, como si se hubiese sentido anonadada bajo el peso de las palabras del moribundo.

Tan súbita mudanza en el alma del ambicioso baron, no podia ser resultado de otra cosa que de las revelaciones que deberian haberle hecho Utrera ó el anciano.

Ni una palabra, ni una protexta, ni siquiera una excusa brotó en los lábios de Eugenia.

De una en otra sorpresa, abandonada por todos, por todos recriminada, hasta por aquel moribundo, que en obsequio á ella tal vez se habia lanzado por el camino de bastardas traiciones y manejos con los enemigos de la patria, esto último fué para ella un terrible golpe, que dió al traste con toda su serenidad de ánimo.

El baron, que la vió allí muda y perpleja, volvió á exclamar con voz de trueno, y haciendo un supremo esfuerzo:

—¿Qué?... ¡aun permanece Vd. ahí!... ¿se ha propuesto usted acaso acibarar mi última hora?... Salga Vd. inmediatamente, y corra á buscar á su hija abandonada... huya Vd., si no quiere llevarse de aquí mi justa maldicion, por los males que me ha causado!...

Estas últimas palabras concluyeron con las pocas fuerzas que quedaban ya al enfermo, cuyos padecimientos llegaron á su colmo por la exasperacion á que acababa de entregarse ante la presencia de Eugenia.

Casi súbitamente una nube empañó sus ojos, y la razon abandonó su espíritu.

Entonces, la hija de Montenegro vió empezarse el período de una horrible agonía, que acaso ella había precipitado.

Pocos momentos después los criados de la casa, cumpliendo el encargo del médico de M..., que había asistido hasta entonces al baron, habían ido á buscar un sacerdote, cuyos auxilios llegaron demasiado tarde para el infeliz.

Cuando Eugenia salió de aquel lugar de agonía, llevaba en su corazón un terrible peso, un secreto dolor.

Al regresar al convento de San Plácido, se encerró en una especie de celda que la habían destinado para habitación durante su permanencia en aquel asilo.

Ideas y sentimientos desconocidos acudieron entonces á su mente y á su conciencia.

Como si lo presenciase á través de un prisma sombrío, vió cruzar ante sus ojos su pasado, con cuanto de risueño ó de fatídico tenía.

Desde su niñez venturosa é inocente, hasta la edad en que gradualmente se fué haciendo más y más culpable, todo se presentó ahora á su razón, aguzada y despierta por el reciente desastre que acababa de tocar.

Entre todas sus reflexiones y recuerdos, las palabras con que el baron del Pino le había referido á su hija, fueron las que más cuerpo tomaron en su imaginación.

Los nombres de María y de su padre fueron pronunciados repetidas veces por sus lábios convulsos y trémulos.

Una hora permaneció así.

De este modo llegó la noche.

La tétrica vibración de la campana del convento, que doblaba á las oraciones, hirió súbito su oído, y un extraño serpeo recorrió su corazón y agitó su sangre con desconocida sensación.

Entonces sintió que sus ojos se abrasaban, que un peso enorme oprimía su pecho, y que una reacción extraña se obraba en su ánimo abatido.

—¡Sola, Dios mio!... ¡sola por fin!...

Y pronunció estas palabras á manera de queja, con voz entrecortada.

La campana del convento seguía doblando con fúnebre tañido.

Parecía la voz de la eternidad hablando con elocuente majestad á la conciencia del hombre.

En aquel momento las religiosas elevaban en coro sus preces al trono de Dios.

Sus ecos, mezclados con el plañidero acento de la campana, llegaron, impregnados en celestial armonía, hasta el alma de Eugenia.

Un llanto copioso acudió á sus ojos y á su corazón con irresistible fuerza.

Sus manos se cruzaron con apasionada vehemencia.

Dirigió sus miradas hácia el cielo, á través de la reja de su celda, y tal vez el primer sentimiento de piedad acudió á su alma.

Luego, cayó de hinojos.

Así, derramando abundantes lágrimas y murmurando sus labios ininteligibles plegarias, trascurrió para ella la primer hora feliz de su vida, el primer momento de verdadera tranquilidad.

.
Desde aquella noche, Eugenia se sintió preocupada por nuevas ideas.

Sus aspiraciones también tomaron otro rumbo.

Las lecciones recibidas habían sido elocuentes.

Las terribles palabras del baron, y su más terrible ago-

nia, despertaron la adormecida conciencia de tan extraordinaria mujer.

A esto se agregó el recuerdo del ódio que la demostraba su anciano y honrado padre.

Desposeída de todo afecto, derribadas por tierra sus ambiciones, que habia fundado en bases indignas, echó de ménos el amor de su padre y el de su hija, que tambien la miraba con temor y repugnancia invencibles.

Casi nos atrevemos á asegurar que ya entonces deseó Eugenia conquistarse el cariño, por tantos conceptos perdido, de aquellos dos seres que la pertenecian, y á los cuales habia renunciado con su fatal conducta.

CAPITULO XXXVIII.

Rehabilitacion .

Entonces, y solo entonces, comenzó á ser feliz en parte la hija de Montenegro ; porque nada satisface tanto al corazon humano como los buenos sentimientos, aun cuando estos le afijan y torturen.

De este modo llegó para ella, como para todos, el sangriento dia que tanta desolacion sembró entre los habitantes de Madrid.

Eugenia, desde su retiro, sintió el eco del cañon y las terribles descargas, que infundian la muerte donde quiera.

La noticia de los sucesos llegó hasta aquella morada del recogimiento...

Tan fatales acontecimientos no debian ser desconocidos á nadie, ni aun á las religiosas que, apartadas del mundo, consagraban exclusivamente su vida á Dios.

Eugenia, no bien tuvo conocimiento de los conflictos por que el pueblo atravesaba, sintió un profundo horror.

Tal vez, aun en los últimos días de su buena inteligencia con los enemigos de España, no alcanzaba su razón á prever la sangrienta catástrofe que acababa de estallar.

¡Cosa extraña para ella!

Los franceses, que antes habian sido tan simpáticos á su espíritu ambicioso, sin duda por lo que de ellos esperaba, le inspiraban ahora un vivo terror, una inquietud inmensa.

Los que antes eran amigos suyos, los que casi debia considerar sus aliados, por las relaciones que habia mantenido con los generales del Imperio, y aun con el mismo duque de Berg, ocuparon súbitamente en su conciencia el lugar de enemigos.

La hija de Montenegro no habia tenido ante sí hasta entonces ese espejo de las virtudes que se llama conciencia, y es la balanza que equilibra las sociedades civilizadas.

Eugenia, despues de lo que acabamos de referir, empezó á sentir la conciencia que antes la faltaba.

Por la conciencia se levantó á sus ojos con monstruosas proporciones su deforme pasado.

Las culpas y los desaciertos, las infames tendencias y las acciones criminales, el mal que habia causado por igual á su anciano padre y á su inocente hija, todas cuantas consideraciones surgieron en su mente, desde el terrible fin, y las más terribles palabras que la habia dirigido el baron en su agonía, las debió á su conciencia.

Y desde que la conciencia se despertó en ella, desde que con intensidad violenta se levantó y tomó cuerpo dentro de su ser, la hija de Montenegro empezó á sentirse arrastrada hácia el bien, para el que hasta entonces habia permanecido sorda, indiferente.

¡Cuántas veces son malvadas las humanas criaturas, tan solamente porque las falta un pretexto para practicar y ceñirse al bien! ¡Y cuántas, asimismo, los instintos del bien desfallecen, porque el mal cierra en lucha fiera con todas sus tentaciones!

Tal vez hemos acriminado á Eugenia con exceso; sin detenernos á examinar los vicios de su educacion, más ó ménos descuidada.

No queremos entrar ahora en este terreno, porque casi no cabe en la índole especial de nuestro libro; pero es muy posible que el bondadoso y noble Montenegro, por algun descuido ó por excesiva tolerancia, en que algunos padres estriban su cariño, hubiese contribuido involuntariamente á las desgracias de su hija.

Tampoco buscaríamos en esta circunstancia hipotética una disculpa en favor de la hija, y á última hora precisamente; pues en nuestro concepto, si los sucesos posteriores obraron un cambio favorable en su carácter, este cambio la sincera en cierto modo y la rehabilita á los ojos de las almas honradas y generosas.

Volviendo al asunto, cuando Eugenia conoció el estado crítico en que se hallaba Madrid, concibió sériamente profundos temores.

No eran, en verdad, por ella misma, que nada debia temer en aquel sentido; pues contra cualquier conflicto la garantizarian sus buenas relaciones con el caudillo y demás jefes del ejército francés.

Las personas por las cuales temia, eran su padre y su hija.

En cuanto al anciano, sus temores eran sobradamente fundados.

Dado su carácter fogoso, á pesar de los años, y su odio

profundo á los franceses, de presumir era en él cualquier patriótica imprudencia ó excitacion.

Desde el momento en que se declararon las hostilidades entre el pueblo y los franceses, su espíritu no disfrutó un instante de reposo.

Imaginábase ver entre las masas populares al anciano autor de sus dias haciendo frente, más con su espíritu animoso que con su fuerza material, al ejército enemigo.

Y de una en otra deducción fatídica, de un temor en otro, su imaginacion contemplaba ya á su padre confundido con multitud de cadáveres, inmolados en aras de la independencia nacional.

Después de esto, y recordando á su hija, se espantaba ante la fácil desgracia de que la soldadesca, penetrando en la casa abandonada por Montenegro, se entregase á toda suerte de atropellos; cosa que en verdad no reconoció límites en el á veces vandálico ejército del terrible Napoleón I.

La angustia y la desolacion fué adquiriendo grandes proporciones en el corazón de aquella mujer, antes tan mala; y llegó por fin un momento en que no la fué ya posible permanecer inactiva, entregada de aquel modo á sus dudas y temores.

Corrió, pues, á ver á las religiosas.

Estas, que postradas y alzando á Dios sus oraciones, le pediau protegiese á los hijos de la patria contra las huestes del usurpador, vieron con sorpresa llegar hasta ellas á Eugenia, la cual, con el rostro pálido y descompuesto, las manifestó su resolucion de salir de allí.

Aterradas las religiosas con tan grave determinacion, procuraron disuadirla.

Pero Eugenia desoyó completamente las reflexiones que se la hacian.

Firme en su propósito, exclamó con una exaltacion indecible al tratarse de ella:

—¡Y qué me importa morir!... Al menos habré procurado salvar á mi padre y á mi tierna hija del peligro que quizás corren en este momento de cruel matanza.

Y con el rostro bañado en lágrimas y sin esperar á que las religiosas continuáran reprobando ó aprobando su determinacion, la hija de Montenegro corrió desalada en direccion á la calle.

Cuando llegó á la puerta de su casa, tomando la más cercana y segura direccion, el fuego en el centro de Madrid habia cesado.

Acababa de concentrarse en la posicion del Parque de Artillería, con el vigor que conocen ya nuestros lectores.

Una extraordinaria emocion se apoderó de Eugenia al penetrar en su casa.

Temia y deseaba á un mismo tiempo encontrar á su padre y á su hija.

Temia encontrarlos, porque su conducta para con ellos la obligaria á arrostrar tal vez merecidas muestras de terror por parte de una, y de ódio por la del otro.

Esto la hizo vacilar al subir las escaléras de su casa en tan críticos momentos.

Entrando, pues, en la conciencia de aquella mujer, no dudarán nuestros lectores que se hallaba en el feliz camino de una rehabilitacion.